

Antonio Muñoz Molina

Nada del otro mundo



Antonio Muñoz Molina

Nada del otro mundo



NADA DEL OTRO MUNDO

Ayer los vi, vi a Juana Rosa y a Funes, parados frente a mí, en la otra acera, a punto de cruzar el mismo paso de peatones que yo, a mediodía, en la avenida de la Constitución, y durante un segundo de pavor creí que me habían visto y que esperaría inmóvil y hechizado a que se me acercaran, pálidos, afables, entre la prisa y la indiferencia de la gente y el ruido de los coches, pero me di la vuelta a tiempo y creo que salí corriendo, sin atreverme a mirar hacia atrás, por miedo no a descubrir que me seguían, sino a que mis ojos y los de ellos se encontraran y ya no hubiera remedio para mí. Di la vuelta justo cuando el semáforo se ponía en verde, choqué con alguien, no me disculpé, me pareció que distinguía entre la multiplicación de tantos pasos el sonido de los de Juana Rosa y los de Funes, entré en un bar, el primero que vi, grande y lleno de humo, de ruidos y luces de máquinas tragaperras, me oculté a medias tras una de ellas y sólo entonces tuve valor para mirar hacia la calle, imaginando a Juana Rosa y a Funes parados tras el cristal como si miraran hacia el interior de un acuario, serios y solos, atentos, descubriéndome en mi vano refugio, uno de esos bares o salones de

juegos donde entran por las mañanas mujeres de edad intermedia que sostienen fuertemente bajo el brazo sus bolsas de la compra e introducen monedas en las ranuras de las máquinas con ensimismado fanatismo. Eran algo más de las doce, el sol de este noviembre tan cálido atravesaba una especie de lujosa bruma azul bajo las copas de los árboles, y a mí me parecía imposible que entre aquella gente atareada y común que ocupaba las aceras —grupos de alumnos del instituto próximo, funcionarios, vendedores ambulantes de bisutería— pudieran surgir de pronto Juana Rosa y Funes, que existieran en el mismo mundo y en la misma época que yo, en esta ciudad de la que han faltado tanto tiempo: mucho menos, sin embargo, del que podría deducirse por su manera de vestir, de moverse, de llevar el pelo, incluso de hablar, aunque por fortuna ayer no escuché sus voces. Casi me tranquilicé al no verlos, pedí en la barra un café con leche, por pedir algo, noté que me temblaba la mano al sostener la cuchara y se me ocurrió la idea absurda de pedir un coñac, pero al primer sorbo, incluso antes, al acercar la copa a la nariz, me dieron náuseas y tuve que dejarla.

Ahora no estaba seguro de haberlos visto. Tenía miedo de haber sufrido una alucinación, una de esas visiones instantáneas que un parecido fugaz provoca cuando uno va absorto por la calle y cree ver a un amigo que vive en otro país, a un familiar muerto. Pero tan peligroso como sufrir alucinaciones sería en estos momentos engañarme a mí mismo, y si lo pienso con un poco de frialdad, si cierro los ojos doloridos por la noche de insomnio y la fosforescencia de la pantalla de mi ordenador portátil, que es una de las pocas cosas que he traído conmigo al hotel, puedo verlos de nuevo tan claramente como los vi ayer por la mañana, en el paso de cebra que hay entre la de-

legación de Hacienda y los jardines del Triunfo, pálidos, semejantes entre sí, con esa semejanza que acaban adquiriendo algunas parejas al cabo de muchos años de monotonía en común, conjurados en su anacronismo, como encerrados en una burbuja de tiempo, de otro tiempo, de hace unos quince años: Juana Rosa con el pelo liso y peinado con la raya en el centro y el poncho sobre los hombros, como una cantante sudamericana de las que oíamos entonces, Violeta Parra o Mercedes Sosa, un poco más gorda, aunque tampoco mucho, y desde luego no mucho más fea que en aquellos tiempos, con la misma clase de fealdad voluntaria y como reivindicativa que mostraba entonces; Funes a su lado, solícito, algo ceniciento, como si le hubieran espolvoreado ceniza por el pelo y la barba y sobre los hombros, ceniza o caspa, como hace quince años, como cada uno de los días que ha pasado junto a ella después, que son todos, porque no se han separado ni una sola vez, lo cual ya da un poco de angustia nada más pensarlo: mi amigo Funes, que dejó de serlo para convertirse en marido, acólito y monaguillo de una mujer que seguramente no le ha gustado nunca, pasándole el brazo sobre los hombros con un ademán de protección unos segundos antes de cruzar el semáforo y de encontrarse conmigo si no llego a escapar en el instante justo en que los reconocí. Aún veo el poncho alpujarreño o quechua de Juana Rosa, el pelo tempestuoso de mi amigo, ya blanqueándole en las sienes, la barba muy rizada, con un mechón blanco en la barbilla, el aire alucinado que se le ha ido exagerando a Funes en los últimos años y que a mí me hace acordarme de Moisés cuando baja del Sinaí en *Los diez mandamientos*, la chaqueta de pana, incluso esa especie de bolsa de costado o alto zurrón de cuero con hebillas que siguen llevando algunos militantes de

Izquierda Unida. Así los vi, compactos, irreales, parados en el semáforo como una pareja campesina que acaba de llegar a la capital de la provincia en un autocar pirata, más agrarios aún, como recién salidos de una laboriosa comuna de los años setenta, como un matrimonio de granjeros mormones, Funes con calcetines gruesos y sandalias, con una melancolía de fraile mendicante o de teólogo pobre de la liberación, Juana Rosa con las mismas botas rurales que me llamaron la atención en cuanto la vi por primera vez, aunque en esa época no eran tan infrecuentes como ahora, pues había un cierto tipo de mujeres que se consideraban obligadas a usarlas, incluso mujeres admirables que parecían pedir disculpas por la longitud y la belleza de sus piernas sometiéndolas a la vejación de aquellas botas, en lugar de usar medias oscuras y tacones. Segarras, se llamaban, o chirucas, eran botas de aceitunero o de metalúrgico, de lona oscura, rojiza, con cordones muy recios y suela de caucho. Juana Rosa, supongo que para culminar el efecto, las combinaba con unos peludos calcetines a franjas y con un faldón que le colgaba de las caderas tan bajas como la ropa de una mesa camilla...

No lo oculto, no se lo he ocultado nunca a nadie, salvo a Funes, por delicadeza, por no darle un mal rato, o quizá por un motivo más ruin y al final inútil, para que no me excluyera de su amistad: siempre detesté a Juana Rosa, desde el primer día, aunque es cierto que tardé un poco en advertir su presencia, dado que en aquella luctuosa ocasión se presentó en compañía de una chica en la que yo estaba sumamente interesado, o furiosamente interesado, por dejarlo dicho de algún modo, mi amiga Inma,

casi novia entonces y ex novia un poco tiempo después, sin que entre un estado y otro hubiera un intermedio sustancial, sólo una especie de confuso vacío del que me quedan imágenes fragmentadas que no quiero ordenar para que no se conviertan en recuerdos ridículos. Mi ex novia, ex amiga, ex compañera de banca, de libretas de apuntes y cafés con leche en el bar de la facultad, Inma, la inmaculada Inma, que tan brevemente me dejó tocarla, que apareció y desapareció como si su única misión en nuestras vidas, la de Funes y la mía, fuera dejar tras de sí la presencia de Juana Rosa, dejárnosla sentada en el sofá de escay del piso que compartíamos entonces y marcharse luego tan rápidamente como un cartero después de entregar un certificado.

En cierto modo, a través de Inma y de mi desatado y breve amor por ella —pero todos mis amores eran entonces desatados y breves—, yo soy el responsable de que Juana Rosa atrapara a Funes, mi amigo, y de que más tarde, en castigo por mi mediación, se dedicara encarnizadamente a apartarlo de mí, de todos sus amigos y de todos sus bares, lo despojara día tras día de cada una de sus mejores virtudes y de cada uno de sus mejores vicios, lo envolviera en una tela de araña, en un lanoso capullo protector, hecho de la misma guata conyugal y sofocante de la que están hechas las zapatillas de paño y los batines de felpa, lo convirtiera a una rigurosa y antipática religión en la que ella misma, Juana Rosa, era la deidad y la sacerdotisa, para transformarlo, al cabo de unos pocos meses, en un zombi bondadoso y callado, en un adepto algo idiota a la inminente beatitud matrimonial, con ese punto de ausencia o de lobotomía que tienen algunos ex drogadictos después de cambiar la jeringuilla por los cultivos biológicos o el rezo del rosario. Ya lo sé,

o lo supongo, exagero, mi amigo Funes no pudo volverse completamente imbécil en tan poco tiempo, es mi rencor hacia Juana Rosa —y hacia él, desde luego— lo que me empujó a pensar estas barbaridades, incluso a compartirlas con algunos amigos comunes, que no siempre estaban de acuerdo conmigo. Entre los amigos de entonces llegó a ser una opinión establecida que Juana Rosa había salvado a Funes, cosa que el mismo Funes me dijo alguna vez, aunque nadie, ni él mismo, llegara nunca a aclarar la naturaleza exacta de aquella salvación. Antes de conocerla, cuando compartíamos el piso donde al final se quedaron ellos dos, Funes bebía mucho, fumaba más de un paquete de Ducados al día, daba algunas clases nocturnas de francés en una academia, se matriculaba regularmente de las tres o cuatro asignaturas que le faltaban para terminar la carrera, pero se avergonzaba de haber pasado de los treinta años sin poderlas aprobar, y sin tener, como él decía, oficio ni beneficio, de modo que no iba a la facultad y por lo común tampoco a los exámenes, y si se presentaba a alguno volvía a casa a las pocas horas con los hombros más caídos que de costumbre y una media chispa de coñac espesándole el aliento y brillando en sus ojos.

—Pero, hombre, cómo te van a aprobar, si no habías estudiado.

—El problema no es ése. Es que me siento en la banca y parezco el padre de los que van a examinarse, y hasta del profesor, que quizá entró en la facultad cuando yo ya estaba en quinto... ¿Con qué moral me dejo yo examinar por un barbilampiño?

Juraba que iba a cambiar, que ya era tiempo de sentar la cabeza y de buscarse un porvenir. La sanguijuela que dirigía la academia le pagaba tan poco que sus ingresos no eran muy superiores a los míos, lo cual para Funes no

dejaba de ser humillante, dado que yo estudiaba con una beca y era diez años más joven que él. Limpiaba su habitación, cambiaba las sábanas, vaciaba el cenicero de la mesa de noche, me pedía que escondiera la baraja de póquer donde él nunca pudiera encontrarla, se compraba un flexo nuevo, un archivador con muchos compartimentos y con etiquetas alfabéticas, para guardar los apuntes de cada una de las asignaturas que por fin iba a aprobar, dejaba de salir durante cuatro o cinco noches, y a la sexta yo volvía a las tres de la madrugada y al entrar en su cuarto me lo encontraba virtuosamente inclinado sobre la mesa, con el flexo nuevo encendido, con el archivador abierto, con varios cuadernos de apuntes ordenados de mayor a menor y dos o tres libros de consulta al alcance de la mano, con los naipes desplegados frente a él para un solitario...

—Pero Funes, por Dios.

—Tú tienes la culpa. No escondiste bien la baraja. ¿Cómo se dio la noche?

—Cómo iba a darse. Fatal.

—¿Y si lo intentáramos de nuevo?

Lo intentábamos, y la noche seguía dándose fatal. Era nuestro sino, el de Funes y el mío, y el de casi todos nuestros conocidos, aunque circulaban entonces rumores de camas redondas y politizadas orgías con chicas de extrema izquierda en las que no faltaban el ácido ni el hachís. Ahora creo que eran leyendas, tan insustanciales y dañinas como la de Eldorado o la del Hombre de las Nieves. Para nosotros, las noches fueron casi siempre de una bochornosa castidad, y se nos iban volviendo sórdidas y un poco canallas a medida que apurábamos cubalibres, que era nuestra bebida de entonces, y transitábamos de bar en bar por las calles de las copas, mirando a las mujeres con

los ojos cada vez más hambrientos y ebrios, dejándonos llevar por esa vehemencia literaria que poníamos entonces en las borracheras, y que venía a acabar a las cinco y media o las seis, en el frío de la madrugada, cruzando la ciudad oscura y vacía camino de los bares que abrían más temprano: el Fútbol, en la plaza de Mariana Pineda; el Holandés, junto a la estación de autobuses, y el mejor de todos, el San Agustín, que también era el que antes abría, porque iban a él los barrenderos, los descargadores y los tratantes del mercado de abastos, así como algunos turbios señoritos juerguistas acompañados por putas y flamencos. Bebíamos café con leche para que nos calentara el desconsuelo del estómago y nos suavizara la garganta, y al salir a la calle tal vez ya se apuntaba el amanecer, y toda nuestra exaltación se había disipado, aunque no nuestra borrachera, con la que cargábamos camino de casa como con un fardo muy molesto que no nos fuera posible abandonar.

No tengo la menor nostalgia de entonces. La nuestra era una bohemia tonta y pobre, de cubalibre por litros, tabaco negro y pisos de alquiler con pósters de oficina de turismo y muebles de desecho suministrados por patronas rapaces. Funes y yo volvíamos tambaleándonos a nuestro piso y al día siguiente nos levantábamos a la una, con resaca, con los pulmones como aplastados por el exceso de tabaco y la boca pastosa por los cubalibres. Incluso llegamos a beber un combinado atroz que se llamaba Lumumba, y que estaba hecho de batido de chocolate y coñac Soberano... Dentro de aquella irrespirable provincia nosotros habitábamos en una provincia interior y todavía más claustrofóbica: la de los bares de bocadillos y las casas de comidas baratas, las academias nocturnas instaladas en pisos grandes y oscuros, las pensiones con

cuartos sin ventanas y con candados en el teléfono y en el frigorífico.

Pero no he dicho toda la verdad. De algo sí tengo nostalgia. Los domingos, en invierno, en las mañanas frías y doradas de febrero, Funes se encerraba en la cocina y preparaba un guiso a la manera de su pueblo, cocido, o estofado de patatas y costillas de cerdo, o unas lentejas rubias de las que nunca faltaban en los paquetes que le mandaba su madre, opulenta viuda y tendera de ultramarinos. Invitábamos a unos cuantos amigos, bajábamos a comprar cervezas de litro y vino a granel y comíamos y bebíamos con una abundancia episcopal. Uno de aquellos domingos yo logré que fuera a comer con nosotros mi compañera Inma. Digamos que tenía un plan, y que Funes aceptó lealmente secundarme: él debía preparar el estofado, y marcharse cuando Inma llegara aduciendo un pretexto cualquiera, dejando así a mi disposición no sólo el excelente almuerzo y una botella prometidora de rioja, sino también todo el piso, que esa misma mañana habíamos estado limpiando con tal ímpetu por mi parte que hasta cambié las sábanas de mi cama. La coartada para la visita de Inma era el célebre estofado de Funes: al atractivo gastronómico yo pensaba añadir el literario, pues Inma llevaba tiempo pidiéndome que le mostrara algunas de las cosas que escribía. Nada más sugerente, después de comer, con el café, el cigarrillo, y un poco de coñac (acababan de pagarme uno de los plazos de la beca y yo había comprado, al mismo tiempo que el rioja, una botella de Carlos III), que sacar con aire un tanto misterioso la carpeta donde guardaba los cuatro o cinco relatos que tenía escritos entonces y darle alguno a leer, inclinán-

dome sobre ella para compartir la lectura, aproximándome un poco más para recibir sus pruebas inevitables de emoción o entusiasmo, sobre todo cuando leyera aquel cuento audazmente erótico en el que con toda evidencia, aunque no sin imaginación, se la retrataba. ¿Pero sería mejor que leyera ella o que lo hiciese yo, en voz alta, administrando adecuadamente las entonaciones, las miradas, los silencios? ¿Y en qué momento pasaríamos con suavidad de la literatura a las caricias, si es que no nos quedábamos encallados toda la tarde en la primera, como ya me había pasado más de una vez, y no sólo con Inma?

Estábamos citados a la una y media. En esa época no se llevaban nada los signos de galantería masculina; es más, había que darles la vuelta, así que, en vez de recogerla yo o de esperarla en alguna parte, ella se presentó directamente en casa. Llegó a la una y treinta y un minutos, porque su puntualidad era tan implacable como su arte para copiar apuntes o como el modo en que apretaba los muslos aquella vez que se me fue la mano en el cine donde veíamos *Porcile*, de Pier Paolo Pasolini, en versión original con subtítulos. Desde antes de la una, cada vez más nervioso, yo había rondado sin sosiego por toda la casa, incordiando a Funes, que se atareaba en la cocina para preparar un guiso que él no comería, mirando debajo de las camas a ver si quedaban pelotitas de borra, examinando la limpieza del bidé y del retrete, examinándome a mí mismo, las botas embetunadas, la camisa impoluta, con las puntas del cuello de la camisa fuera del jersey, el aliento, la barba, porque también yo llevaba barba, era una pasión nacional, una pasión de izquierdas, y más aún entre los miembros de lo que se llamaban entonces *las fuerzas de la cultura*, fuerzas en las que yo, sin consultar con nadie, me incluía, en mi calidad no sólo de es-

tudiante universitario, y además con beca, sino también, y sobre todo, de escritor, aunque no hubiera publicado ni un cuento ni un poema ni estrenado ninguna de las tres comedias vanguardistas y brechtianas que llevaba escritas hasta entonces. Pero se me va el hilo, estoy nervioso y parece que los dedos se me multiplican sobre el teclado con un desasosiego de fiebre, sólo dejo de escribir cuando oigo que sube el ascensor o que suenan pasos, pero en seguida me olvido de dónde estoy y por qué y sigo escribiendo a una velocidad casi idéntica a la de mi pensamiento, acordándome de Funes, de Juana Rosa, de Inma, de aquel domingo tal vez de 1976, o del 77, en que sonó al fondo del corredor oscuro del piso que compartíamos Funes y yo el zumbido del portero automático y a mí se me paró el corazón y me quedé tan atontado y cobarde que se me olvidó abrir, y tuvo Inma que llamar otra vez —porque desde luego era ella, y me pareció que en el tono en que sonaba de nuevo el portero automático notaba la ira de su voz—, y cuando por fin contesté y la oí decir su nombre abrí la puerta del piso y salí a esperarla al rellano, conmoviéndome otra vez cuando se puso en marcha el mecanismo del ascensor que en ese mismo momento la hacía subir hacia mí.

En nuestro recibidor había un espejo: volví a estudiarlo en él mientras el ascensor subía, me olí el jersey, ahuequé las manos juntas y me las puse delante de la boca para olerme el aliento, olí el aroma del guiso que venía de la cocina disimulando los olores casi ancestrales del tabaco, de las sábanas sucias y del aceite de girasol refrito, y antes de que pudiera volverme vi en el mismo espejo en el que hacía gestos y ademanes ridículos a mi compañera de curso y casi novia Inma, justo en vísperas de convertirse en ex novia, recién salida del ascensor, severa y resplande-

ciente en la mezquina luz del rellano, y estaba a punto de hacerme ante ella la misma pregunta que venía haciéndome a solas todos los días —es decir, si me convenía besarla directamente en la boca o bien conservar la prudencia y darle los dos besos de costumbre en la cara— cuando descubrí que al lado y un poco más atrás de ella, la despiadada Inma, la desleal, la fraudulenta, por no emplear aquí otra palabra mucho más precisa, aunque también mucho más borde, había otra mujer sonriéndome con cara de vinagre, con una expresión íntima y descarada de burla, y de reproche al mismo tiempo, una mujer que se parecía mucho, con la cara ancha, el pelo negro y liso, el poncho, a una cantante sudamericana, a Mercedes Sosa o a Violeta Parra...

—Ésta es mi amiga Juana Rosa, te acuerdas que te hablé de ella, la que está en Medicina. Pensé que no os importaría que viniéramos las dos a comer.

Qué iba a importarme, dije, inclinándome para besar a Juana Rosa, inclinándome mucho, ésa es la verdad, porque si bien no pretendo sugerir que sea enana, no creo que mida mucho más de uno cincuenta. Inma había apartado los labios justo en el momento en que yo iba a besárselos, de modo que los míos se entreabrieron estúpidamente en el aire, y me sentí tan humillado, tan desolado, tan perdido, que me faltó poco para echarme a llorar allí mismo, en el pasillo largo y oscuro de mi piso de estudiantes, con su olor a sábanas y a aceite de girasol borrado ahora por el olor del guiso que culminaba Funes en la cocina y por el perfume de Inma, cuya estela seguí, como la de un barco que me dejara atrás mientras me ahogaba, para guiarlas hacia el salón, preguntarles si querían tomar algo, fijarme en la falda y en las botas de Juana Rosa, entrar en la cocina y rogarle desespera-

damente a Funes que no me dejara solo, que por lo que más quisiera se quedara a comer con nosotros, porque si él se iba no seríamos dos, sino tres, y además, sonreí, la chica que venía con Inma no estaba nada mal, y quién sabe, a lo mejor él, Funes, podía levantar un plan esa tarde y romper así una temporada muy larga de castidades cenobíticas, suavizadas tan sólo por la contemplación de aquellas revistas que empezaron a proliferar por entonces y que, según descubrí una tarde sin que él lo supiera, Funes coleccionaba en secreto. (Sí, también de eso lo salvó Juana Rosa, no sólo de la bohemia, no sólo del alcohol, no sólo de los trabajos humillantes: también del onanismo y la pornografía, incluso de la consideración de la mujer como mero objeto sexual.)

Salí con él de la cocina para presentarle a las chicas. Me acuerdo de la escena como si la estuviera viendo ahora mismo, tan exactamente como me acuerdo de Juana Rosa y de Funes parados ayer junto al semáforo. El salón sombrío, con el aparador ruinoso que debió formar parte de la dote de nuestra patrona, un póster de la Pasionaria y otro de Genovés no enmarcados, sino pegados sobre el papel de las paredes con fixo, la estantería de formica, tipo multimueble, como nos había dicho el sinvergüenza de la agencia cuando nos enseñaba el piso, con los libros de Funes y los míos y nuestras carpetas de apuntes, la mesita aerodinámica que merecía llevar diez años en la basura, con los periódicos, las revistas y los ceniceros encima de ella (periódicos y revistas seleccionados y ordenados para lograr un buen efecto: ceniceros limpios por primera vez en varios meses), situada frente a un televisor arqueológico, el sofá con tapicería y cojines imitación piel —también eso nos lo dijo el tipo de la agencia— donde estaban ahora sentadas Inma y su amiga Juana Rosa, que

no se levantaron para saludar a Funes ni parecieron agradecer con demasiado entusiasmo las cervezas y los platos de maní que les ofrecíamos ni el estofado grandioso que entre los dos les servimos unos minutos más tarde en nuestra vajilla duralex de color caramelo, que es el color, no sé por qué, que tienen siempre las vajillas en los pisos y en los apartamentos alquilados con muebles, un color de comidas a solas, de divorcio reciente, de latas de alubias en conserva calentadas al baño María.

Pero ya estaba yéndoseme otra vez el hilo: así empezó todo. Aunque también puedo decir: así fue como todo terminó. Durante la comida, Inma estuvo como ausente. Días antes me había dicho que estaba teniendo graves problemas de relación con su padre. Era de esas mujeres que hacen gravitar sobre sí mismas los problemas del mundo, y que se los muestran como un tocado de plumas o estigmas de martirio a los hombres interesados en ellas, no sé si para disuadirlos mediante la sugerencia de que ellos, los hombres, y su masculino interés, son poca cosa comparados con la gravedad de las dificultades a las que ellas se enfrentan. A una mujer que estaba tan triste, ¿no era una canallada o una frivolidad imperdonable leerle un relato con el único fin de aprovecharse carnalmente de la temperatura emocional provocada por las palabras escritas? En cuanto a Juana Rosa, se dedicó a manifestar su antipatía con una contumacia que acabó resultando monótona, pero que a Funes no pareció molestarle. Juana Rosa hablaba de sus estudios y de su trabajo futuro como acusando a los demás de no compartir su vocación y de entregarse vergonzosamente al hedonismo. Estaba terminando Medicina, y cuando Funes apuntó que ser

médico era un chollo, que se forraba uno poniendo una consulta, ella, que estaba masticando meticulosamente y lo miraba muy fija, se extrajo de la boca un hueso, bebió un sorbo de agua (no, no bebía vino, no le costó nada salvar a Funes del alcohol) y sin apartar las pupilas de él le dijo que no la insultara, y que si uno no sabe de lo que habla hace mejor callándose, porque ella, a diferencia de la mayor parte de sus compañeros, y también de tanta gente que disfruta de los privilegios sociales mientras finge combatirlos (y aquí también me incluyó a mí en la mirada), había elegido la carrera de Medicina con la finalidad exclusiva de luchar por un mundo mejor, y apenas obtuviera la licenciatura se iría a ejercer a Angola o a Cuba, o incluso a Bangladesh, o a alguna de las peores barriadas periféricas de nuestra misma ciudad.

Yo creo que Funes se disculpó tartamudeando, y que la ira de Juana Rosa durante mucho rato nos redujo a todos al silencio. Yo miraba mi plato, nos oía masticar, chupar, sorber, y me preguntaba con desesperación qué diríamos, qué haríamos después, cómo podríamos mantener una conversación razonable, adónde podríamos ir sin que Juana Rosa nos acusara de burgueses, de colaboracionistas, de machistas, de proxenetas. Aquella tarde, ya lo he dicho, todo terminó: mientras tomábamos café (Juana Rosa descafeinado, porque decía padecer del corazón), Inma estaba contándome alguna cosa trivial sobre un examen al que íbamos a presentarnos unos días después y yo me di cuenta, sin remisión y sin motivo, de que nunca se acostaría conmigo. A las seis, secretamente exasperados los cuatro, supongo, por la inhumana duración de la sobremesa y del atardecer nublado de domingo, nos fuimos al cine, y para más desgracia no pudimos entrar, porque ponían *La naranja mecánica*, que acababa de es-

trenarse en España, y no quedaba ni una entrada. ¿Hay en la vida muchas cosas peores que ésta, muchos horrores menos confesados, ir al cine un domingo por la tarde para escapar del tedio y del abatimiento y no encontrar entradas, y tener que seguir en la calle, manteniendo una conversación, buscando una cafetería donde tomar algo, una cafetería con tubos fluorescentes y hedor a margarina quemada donde habrá matrimonios mayores y camareros que escuchen en la radio los resultados del fútbol y los anuncios de coñac?

Aquella noche, cuando volvíamos a casa —temprano, hacia las once, extenuados por el aburrimiento, por las profundidades prácticamente insondables de la decepción—, Funes, más serio que de costumbre, me dijo que a veces se avergonzaba mucho de vivir como un gándul, en el fondo como un señorito. Pero Funes, por Dios, le contesté, qué señorito vas a ser tú, si estás, igual que yo, al borde de la mendicidad, si vives en un piso alquilado que sólo les resulta confortable a las cucarachas, si estás más explotado en esa academia esclavista que un conductor de *ricksaw*, o como quiera que se llamen esos carritos chinos de alquiler... Tú tienes veinte años, dijo, como si no me oyera, pero yo ya paso de los treinta, y mírame, ni he terminado la carrera, qué vergüenza.

No me inquieté todavía: esas quejas contra sí mismo eran muy frecuentes en él, y las solía acentuar la resaca. Al día siguiente, lunes, yo me levanté a las once, demasiado tarde para ir a clase, y cuando arrastraba los pies por el pasillo hacia la habitación de Funes con la idea de tocarle diana descubrí con sorpresa que ya estaba levantado. Había hecho su cama y estudiaba unos apuntes con una taza de café negro en una mano y un rotulador rojo en la otra, para subrayar. ¡Había empezado a subrayar los apuntes,

como esos individuos que subrayan las frases más brillantes de los libros con la finalidad, supongo, de que si alguien más los lee se quede admirado de su inteligencia! Cambió muy bruscamente, pero hacemos tan poco caso a las personas que viven con nosotros y de las que creemos saberlo todo, que yo no lo noté. Tardó más de dos semanas en confesarme que estaba enamorado de Juana Rosa, y puede que hubiera tardado más si yo, contra mi voluntad, no los hubiera sorprendido. Un día me quedé sin dinero y tan sin esperanza de practicarle a nadie un sablazo que gasté mis últimas doscientas pesetas en un billete para el coche de línea de mi pueblo. Estuve allí una semana, reponiéndome de la escasez y de la insalubre penuria de mi vida de estudiante, que según algunos me dejaría al cabo de los años imborrables recuerdos, conseguí que mi padre me diera dos o tres mil pesetas, que si me administraba bien me llegarían hasta que cobrara el siguiente plazo de la beca, y el sábado por la tarde volví a Granada, trayendo en mi bolsa de viaje una reserva sustancial de embutidos y un cuaderno donde había escrito casi tres páginas de una posible novela. Fui a abrir la puerta del piso y no pude: el cerrojo estaba echado. Llamé al timbre varias veces, y hasta me pareció que oía voces, pasos, ruido de puertas, pero nadie me abrió. Llamé a Funes: nadie contestaba. Bajé al bar de la esquina y me tomé un café con leche, pensando con envidia y con algo de irritación que Funes había ligado en mi ausencia, rompiendo así un maleficio de castidad que según él lo perseguía desde seis meses antes de la muerte de Franco. Distraje el café con leche durante más de una hora: incluso, a imitación de lo que yo pensaba entonces que hacían los escritores, saqué mi cuaderno y mi bolígrafo y me puse a escribir sentado en una de las mesas de aluminio del bar, junto a

la cristalera donde había empezado a hacerse de noche, posición que me permitía no sólo una actitud entre literaria y cinematográfica (el bar iluminado en una esquina de la plaza, en la noche de invierno, el hombre joven, barbudo y meditabundo que se inclinaba sobre unas cuartillas), sino también una segura vigilancia de mi portal, de modo que si Funes se deslizaba culpablemente hacia la calle en compañía de su fugaz pareja —esta palabra también empezaba a usarse entonces— no existía la menor posibilidad de que yo no lo sorprendiera.

Confieso que tenía la canallesca esperanza de que por culpa de la *ejaculatio praecox* de Funes —tan disculpable al cabo de varios años de castidad— mi espera y mi vigilancia no durarían mucho. A las nueve de la noche, muerto de aburrimiento y de hambre, pues me daba escrúpulo recurrir en público para satisfacerla a las provisiones que traía de mi casa, decidí que iba a subir al piso, y que si aún estaba echado el cerrojo no dejaría de pulsar el timbre ni de golpear la puerta hasta que Funes me abriera. No tuve que hacerlo: la llave giró en la cerradura con una docilidad desconcertante, y por el largo pasillo, tan desapacible y oscuro que lo llamábamos el Transiberiano, llegó hasta mí una música armoniosa y un delicado olor a condimentos. Intuía amargamente que estaba irrumpiendo en la felicidad de otros, y que con cualquier hombre, salvo conmigo, se acostaban las mujeres. La música resultó ser de Tchaikowsky, compositor muy célebre en aquellos años gracias a una vomitiva película de Ken Russell en la que más o menos se le presentaba como protomártir de la liberación gay: ¡en mi propia casa, en la casa de Funes, yo tenía que oír *El Cascanueces*! En cuanto al olor a condimentos, procedía de un guiso en el que Funes se atareaba cuando yo entré, aunque con un grado de concentración

tan excesivo que me pareció ficticio, tan irreal como la limpieza casi de anuncio televisivo de detergente que resplandecía en la cocina. A Funes sólo le faltaba llevar un gorro alto y cantar una romanza de zarzuela, pero al verme se puso tan serio como si lo hubieran sorprendido cometiendo un delito del que sólo él era consciente.

—Vaya, qué sorpresa.

—Sorpresa la mía, que llevo tres horas de plantón en el bar San Isidro.

—¿Te quedas a cenar? Estoy haciendo calamares rellenos...

Era increíble: mi amigo del alma, mi compañero de fatigas, de hambre, de infortunio y de piso me preguntaba si iba a quedarme a cenar más o menos en el mismo tono en que se le pregunta al huésped irregular de una pensión. Había cambiado en tan pocos días, le había cambiado la voz, ahora era más baja y más suave, y para mayor vergüenza no se atrevía a sostenerme la mirada. Digno, casi cruel, abrí mi bolsa de viaje y dispuse sobre la mesa de la cocina, como un fiscal que amontona pruebas materiales delante de un juez, todos los embutidos y las salazones que traía de mi pueblo. Hecho esto me di la vuelta, entré en mi cuarto, dejé allí mi bolsa y mi abrigo y, cuando volví al salón con el propósito casi homicida de interrumpir por cualquier medio la música de Tchaikowsky —ya estaba levantando el brazo del tocadiscos, pero igual podía estar arrancando los cables del enchufe—, Juana Rosa surgió como una aparición en el umbral, calzando unas pantuflas viejas de Funes, con una toalla húmeda alrededor de la cabeza.

—¿Qué pasa, que no te gusta la música clásica?

—Digo que si me gusta, es que iba a poner el disco desde el principio.